

Homilía de Domingo de Ramos

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”

Introducción

Ramos y palmas, triunfo y aleluyas, hosannas y cantos reciben a Jesús en Jerusalén. Es el comienzo de la Semana Santa, el centro de la fe de los cristianos, y comienza con esperanza y luz y gloria... con el reconocimiento de Jesús como Señor, como enviado, como Mesías. *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!* Se abren las puertas del triunfo a Jesús y toda Jerusalén lo aclama y lo recibe con alegría y esperanza como enviado de Dios, y si no aclamasen los niños y mayores, las mismas piedras lo harían... y es que ha llegado el momento culminante de la vida de Jesús, del enviado de Dios.

Un enviado sin embargo diferente a lo esperado. Por humilde, como el pequeño burro con el que entra en Jerusalén, no como los grandes corceles de los reyes de los hombres, y por la pequeñez de lo inesperado y lo sencillo. Diferente porque la culminación de su vida no será lo que se espera... La sorpresa y lo inesperado de un Mesías diferente, porque, a fin de cuentas, Dios es siempre diferente e inesperado.

Pronto se tuerce todo. El recibimiento de los Ramos es un engañoso recibimiento. El pórtico de alegría y esperanza, no durará. Y hoy mismo se nos recuerda. Un profeta no puede morir fuera de Jerusalén, y Jesús es mucho más que un profeta.

El Domingo de Ramos nos abre la puerta a toda la Semana Mayor y lo hace litúrgicamente con la procesión de los ramos, para trasladarnos a vivir con intensidad y cercanía la semana central de nuestra fe. Las lecturas nos centrarán de lleno en el misterio de la entrega de Jesús para culminar con la narración de la Pasión según san Lucas. Escucharemos el relato de los últimos momentos de la vida terrena de Jesús, desde la cena a la crucifixión, en una rueda de narraciones que se completará en siete días.

Comenzamos así la Semana Santa de lleno en el misterio de la entrega, la muerte y la resurrección del Señor, pero un Señor muy diferente al que Israel esperaba... y quizás un Señor que sigue sorprendiéndonos a nosotros en el día a día.



Fray Vicente Niño Ortí
Convento Santo Tomás de Aquino 'El Olivar' (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 50, 4-7

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo

Salmo 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 (R.:2a) R/. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». R/. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. R/. Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel». R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 2, 6-11

Cristo, Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Evangelio del día

C. Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: + «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». C. Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: + «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios». C. Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: + «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». C. Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: + «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros». + «Pero mirad: la mano del que me entrega está contigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero jay de aquel hombre por quien es entregado!». C. Ellos empezaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso. C. Se produjo también un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo: + «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve. Porque ¿quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí, de forma que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel». + «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos». C. Él le dijo: S. «Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte». C. Pero él le dijo: + «Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme». C. Y les dijo: + «Cuando os envié sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?». C. Dijeron: S. «Nada». C. Jesús añadió: + «Pero ahora, el que tenga bolsa, que la lleve consigo, y lo mismo la alforja; y el que no tenga espada, que venda su manto y compre una. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito: "Fue contado entre los pecadores", pues lo que se refiere a mí toca a su fin». C. Ellos dijeron: S. «Señor, aquí hay dos espadas». C. Él les dijo: + «Basta». C. Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: + «Orad, para no caer en tentación». C. Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: + «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». C. Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo: + «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación». C. Todavía estaba hablando, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús. Jesús le dijo: + «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». C. Viendo los que estaban con él lo que iba a pasar, dijeron: + «Señor, ¿herimos con la espada?». C. Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino diciendo: + «Dejadlo, basta». C. Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él: + «¿Habéis salido con espadas y palos como en busca de un bandido? Estando a diario en el templo con vosotros, no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas». C. Después de prenderlo, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos. Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor, y Pedro estaba sentado entre ellos. Al verlo una criada sentada junto a la lumbre, se lo quedó mirando y dijo: S. «También este estaba con él». C. Pero él lo negó diciendo: S. «No lo conozco, mujer». C. Poco después, lo vio otro y le dijo: S. «Tú también eres uno de ellos». C. Pero Pedro replicó: S. «Hombre, no lo soy». C. Y pasada cosa de una hora, otro insistía diciendo: S. «Sin duda, este también estaba con él, porque es galileo». C. Pedro dijo: S. «Hombre, no sé de qué me hablas». C. Y enseguida, estando todavía él hablando, cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente. C. Y los hombres que tenían preso a Jesús se burlaban de él, dándole golpes. Y, tapándole la cara, le preguntaban diciendo: S. «Haz de profeta: ¿quién te ha pegado?». C. E., insultándolo, proferían contra él otras muchas cosas. C. Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, con los jefes de los sacerdotes y los escribas; lo condujeron ante su Sanedrín, y le dijeron: S. «Si tú eres el Mesías, dínsolo». C. Él les dijo: + «Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder. Pero, desde ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios». C. Dijeron todos: S. «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?». C. Él les dijo: + «Vosotros lo decís, yo lo soy». C. Ellos dijeron: S. «Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca». C. Y levantándose toda la asamblea, lo llevaron a presencia de Pilato. C. Y se pusieron a acusarlo diciendo: S. «Hemos encontrado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey». C. Pilato le preguntó: S. «Eres tú el rey de los judíos?». C. Él le responde: + «Tú lo dices». C. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: S. «No encuentro ninguna culpa en este hombre». C. Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo: S. «Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta llegar aquí». C. Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo; y, al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, que estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días, se lo remitió. C. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no le contestó nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco. Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí. C. Pilato, después de convocar a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: S. «Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas de que lo acusáis; pero tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto: ya veis que no ha hecho nada digno de muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré». C. Ellos vociferaron en masa: S. «¡Quita de en medio a ese! Suélтанos a Barrabás». C. Este había sido metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio. Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando: S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!». C. Por tercera vez les dijo: S. «Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré». C. Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su criterio. Pilato entonces sentenció que se realizará lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad. C. Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús. C. Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. C. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: + «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: "Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado". Entonces empezarán a decirles a los montes: "Caed sobre nosotros", y a las colinas: "Cubridnos"; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?». C. Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. C. Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: + «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». C. Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte. C. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo: S. «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido». C. Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: S. «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». C. Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos». C. Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: S. «No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». C. Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: S. «Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». C. Y decía: S. «Jesús, acuédate de mí cuando llegues a tu reino». C. Jesús le dijo: + «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso». C. Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz

potente, dijo: + «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». C. Y, dicho esto, expiró. C. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: S. «Realmente, este hombre era justo». C. Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto. C. Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto.

Pautas para la homilía

Israel esperaba desde tiempos inmemoriales al Mesías enviado de Dios. Lo soñaban como un rey poderoso, un nuevo David, que les devolviera la dignidad y la libertad que tantos y tantos habían pisoteado, un renuevo del trono de Jesé que fuese el vengador de Dios, que devolviera el verdadero culto, la verdadera fe a Israel, que entregara su tiempo y su existencia a la causa de Dios, a la causa del Pueblo de Dios. Ciento es que algunas lecturas - el siervo doliente de Isaías cuyo centro leemos en la primera lectura de hoy, o el salmo interrelacional que hoy proclamamos-, desconcertaban y no sabían bien cómo interpretarse. Desde luego que el centro de la experiencia de ese esperado enviado de Dios tendría que ser Jerusalén, la ciudad santa del Templo, trono de Dios en la tierra y corazón de la experiencia religiosa judía.

Desde esas claves la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén, es todo un símbolo teológico de la verdadera identidad de Jesús. Jesús es ese enviado de Dios, Emanuel, que entrega toda su existencia al proyecto de Dios. Es quien devuelve la dignidad y la libertad, quien hace suya la causa del pueblo de Israel, será el Rey descendiente de David, el verdadero Señor como dice el Himno de Pablo a los Filipenses.

Ese himno oración de aclamación y a alabanza a la condición divina de Cristo de Filipenses, nos muestra el centro de la proclamación de quién es Cristo para la Iglesia. La Palabra de Dios, el Hijo de Dios, Dios mismo, que se "abaja", se "despoja" de su rango, de su posición, de su condición divina, para hacerse un hombre, para hacerse uno de tantos, para pasar por un esclavo, rebajándose -kenosis en término griego- por amor a la humanidad, hasta aceptar la muerte más ignominiosa y terrible, la de cruz, para alcanzarnos la salvación... y precisamente por esa entrega de amor generosa en grado sumo, desinteresada, amante, Dios le resucitó devolviéndole a una vida inimaginable, colocándole a su derecha, dándole el mayor nombre que jamás pueda existir, el mayor reconocimiento que se puede dar: el de Señor. Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.

Pero las cosas no son tan sencillas. La Gloria de Cristo, su condición de Señor y Rey son muy muy diferentes a lo que Israel esperaba, y probablemente, a lo que cualquiera pudiera pensar que el enviado de Dios sería. La Gloria, el señorío, el reconocimiento debido a ese amor, se enfrentan con la propia mentalidad humana que no entiende cómo Dios se muestra en lo humano y además en la cruz. No terminamos de entender esa kenosis de Dios, cómo va a mostrarse Dios en el dolor, la muerte y la entrega de la cruz... nunca terminamos de comprender el inmenso amor de Dios por la humanidad que le lleva a aceptar la cruz, la entrega violenta y sufriente, por amor.

Y es que nos sigue rechinando la contradicción que supone la cruz, la dimensión profundamente contracultural que el mensaje de Cristo muestra y significa. La felicidad humana, el sentido, la plenitud, no se alcanza en lo que los valores dominantes dicen: no es en el ocio, la comodidad, el consumo, no es en el placer, el bienestar, la calidad de vida y el disfrute donde la condición humana se alcanza. Es en el amor, en la entrega, aun a pesar de todo lo que esa entrega suponga de sufrimiento, y hasta de muerte, donde la condición humana se desarrolla en todo su potencial. Así nos lo muestra Jesús, como enviado de Dios. Dios y sus sorpresas constantes. Dios y lo inesperado.

La escucha de la Pasión según san Lucas deja mudo. El drama misterioso que se desarrolla ante nuestros ojos epata y arroba no por conocido y escuchado. Nos muestra quién es Jesús, nos muestra su condición, ese Señorío que se desarrolla ante nuestros ojos en cada escena de la pasión: la cena, el huerto de los olivos, la tortura de los soldados, el juicio ante el Sanedrín, la presencia ante Herodes y ante Pilatos, el camino al Gólgota y la misma muerte en cruz. El relato de Lucas nos muestra un señorío, una grandeza, una majestad, un dominio, que poco tienen que ver con lo que el mundo entiende habitualmente que es. El verdadero Señorío es el de la entrega por amor.

Dos claves pues finales de este día nos deja la liturgia de este Domingo de Ramos como invitaciones para nuestro día a día, y ambas interrelacionadas. Una, la de reconocer a Jesucristo como Señor, proclamar su nombre por encima de todo nombre, doblar toda rodilla ante él, aclamarle con palmas y olivos, cantar y bendecir su llegada entre nosotros, alegrarnos y llenarnos de júbilo y esperanza por su condición de enviado entre nosotros, porque él nos trae la salvación, la liberación, la dignidad, la plenitud. Y dos, que esa acogida al señorío de Jesucristo, ese reconocimiento nuestro de Cristo como Señor, supone para nosotros una manera concreta de pensar, actuar y vivir, conforme a un mensaje y una actitud fundamental: la de vivir amando, la de vivir en la entrega, aun a costa de uno mismo.

Así pues, en esta Semana Santa que comienza con este Domingo de Ramos, vivamos acogiendo a Jesús como Señor, y que suponga un nuevo año, reafirmar nuestra condición de cristianos que quieren vivir transformando su vida tras los pasos de Jesús el Señor, viviendo desde el amor y la entrega que esta semana nos recuerdan.



Fray Vicente Niño Ortí
Convento Santo Tomás de Aquino 'El Olivar' (Madrid)

Evangelio para niños

Domingo de Ramos - 14 de abril de 2019



Entrada Triunfal en Jerusalén

Lucas 19, 28-40

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo Jesús iba hacia Jerusalén, marchando a la cabeza. Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos diciéndoles: - Id a la aldea de enfrente: al entrar encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: "¿Por qué lo desatáis?", contestadle: "El Señor lo necesita". Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: - ¿Por qué desatáis el borrico? Ellos contestaron: - El Señor lo necesita. Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos, y le ayudaron a montar. Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos por todos los milagros que habían visto, diciendo: ¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en lo alto! Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: - Maestro, reprende a tus discípulos. El replicó: - Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras

Explicación

Este día comienza la Semana Santa en la que recordamos los últimos momentos de la vida de Jesús, nuestro amigo. Si la comunidad cristiana es una familia de seguidores de Jesús, con esa familia debemos reunirnos para revivir juntos la última cena de Jesús el día de Jueves Santo. El arresto, la condena injusta y la muerte de Jesús, el día de Viernes Santo, y, por fin, su resurrección, en la Vigilia Pascual. Toda esta semana empieza el Domingo de Ramos. Con ramos y palmas en nuestras manos aclamamos a Jesús, diciendo: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!, y le acogemos con la intención de compartir con él toda la Semana Santa. Muchos la pasarán de vacaciones, pero no debemos olvidar todo lo que Jesús hizo por nosotros y acompañarle en las celebraciones que todas las comunidades cristianas preparan para estos días santos.